

miento por una vocación religiosa incumplida, etc. (20). Pero también estos intentos van a quedar al margen de nuestro actual empeño. Determinados ejercicios de ingenio en los que la pluma se emplea como estilete dicen más del personal talante del que los usa que de su seriedad intelectual y su veracidad.

II

Como antes quedó dicho, y es bien notorio, la más característica y tópica creación literaria de Unamuno se desenvuelve en torno a esa vertiente agónica, en la cual tiene por gemela el alma de su 'hermano' Kierkegaard. «Miedo a la muerte, necesidad de un Dios creador de la inmortalidad personal, e imposibilidad racional de creer en él. De esta toma de conciencia y de su universalización nace toda su obra» (21).

Toda su obra, debemos decididamente preguntarnos, ¿o la parte acaso más efímera y deleznable, aunque más conocida y tópica, de ella? He aquí la gran cuestión crítica en torno al «Unamuno agónico». Porque, por más que se admitan en don Miguel, al menos, dos Unamunos, el agónico y el contemplativo, un estudio atento y exigente de ambos, pero en especial del segundo, nos vendría a revelar que las agonías, las tragedias y las congojas, sin ser farsa ni fraude, eran tan sólo cobertura extrovertida y gesticulante de aquella su «desesperación resignada» alimentada en sus «horas de íntima soledad» (22), esas horas en las que, superada la provisional «lógica de la pasión, una lógica conceptista, polémica y agónica» (23), se entregaba don Miguel, como el cura de Valverde de Lucerna, su «San Manuel Bueno», pensado y decidido en momentos plenamente contemplativos, a mirar reflejada su alma no en el «espejo de la muerte», sino en aquel lago de «das eternas aguas quietas», «más allá de la fe y la desesperación» (24). Habrá sido, sí, la «verdad de la vida», de una parte de la vida, de Unamuno, el sentir y gustar que para la angustia agónica sólo hay un remedio, que es aún mayor agonía: «busca la lucha, y el premio, si le hay, se te dará

(20) En esta dirección, aunque a muy distinto nivel y en diversa orientación, V. MARRERO: *El Cristo de Unamuno*, Madrid, Rialp, 1960, y J. L. ABELLÁN: *Unamuno a la luz de la psicología*. Una interpretación de Unamuno desde la psicología individual, Barcelona, Ariel, 1966.

(21) C. BLANCO AGUINAGA: *Op. cit.*, p. 20. Respecto a la relación de don Miguel con el escritor danés, sigue siendo imprescindible J. A. COLLADO: *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*, Madrid, Gredos, 1962.

(22) *Mi religión...*, «De la correspondencia de un luchador», edic. cit., p. 23.

(23) *La agonía del Cristianismo*, Colección Austral, núm. 312, 4.ª edición, p. 24.

(24) *San Manuel Bueno, Mártir* es calificado por BLANCO AGUINAGA como «la novela en que—para bien o para mal—parece rechazar definitivamente la agonía... «El agua mansa del lago ... no presenta para el buscador de lo eterno los problemas del fluir del río o de las olas encrespadas de la mar», *op. cit.*, pp. 245-246. Y termina diciendo que «junto con el símbolo complejo *madre-cuna-regazo*, con el cual se entrecruza constantemente, es el del agua el más importante de su obra contemplativa», *ibid.*, p. 251.

por añadidura, y tal vez ese premio no sea otro que la lucha misma», pues es preciso «hacer de la guerra misma condición de nuestra vida espiritual» (25); pero resulta estimulante hallar a la vuelta de la página una confrontación temática tan elocuente como ésta:

La lucha es fragor y estruendo — ¡benditos sean! —, y ese fragor y estruendo apaga el incesante rumor de las aguas eternas y profundas, las de debajo de todo, que van diciendo que todo es nada. Y a estas aguas se las oye en el silencio de la paz, y por eso la paz es terrible. La lucha es el tiempo, es el mar encrespado y embravecido por los vientos, que nos mandan sus olas a morir en la playa; la paz es la eternidad, es la infinita sábana de las aguas quietas (26).

Ya en 1907, en sus primeras poesías, queda deslindado el símbolo del agua mansa frente a la del heracliteano río o la del mar inquieto, así como en contraste con la luz, la razón, siempre ofuscada:

*No busques luz, mi corazón, sino agua
... huye la luz y busca en el secreto del tenebroso asilo
... para tus ansias un lugar tranquilo...
con agua soterraña que se remansa en el regazo oscuro.*

Quedarán sin respuesta las agónicas luchas de la razón en busca de «¡luz, más luz!». Así nos dice en el *Cancionero*:

*Y queda lo otro,
lo que nunca sabremos,
cielos de los térmitas
universos del juez del abismo del océano;
lo que muere al tocarlo el lenguaje,
lo inefable (27).*

(25) *Mi religión...*, «De la correspondencia...», p. 23, y *Del sentimiento trágico*, p. 85.

(26) «De la correspondencia...», p. 24. A base de este texto se puede atisbar la contrapuesta simbología de los dos Unamunos: lucha (agonía, sentimiento trágico), fragor, estruendo, acción, tiempo, mar encrespado; y paz (eternidad, infinitud), soledad, silencio, «todo es nada», lago, playa, aguas quietas y profundas y eternas. Estos símbolos, ya intuitos en el primer, juvenil Unamuno, persisten inmutados hasta el final, según aparece releyendo el *Cancionero*. La canción 9: «El pasado es el olvido; el porvenir, la esperanza; el presente es el recuerdo y la eternidad, el alma.» La canción 258: «Todo es nada del cero al infinito»... La 1382: «... soñada eternidad, soñada infinitud». Sólo habría que añadir los símbolos Dios y alma. La conclusión del presente estudio, expuesta de otra forma que la que al final se obtiene, podría formularse así: «La lucha religiosa de Unamuno le martirizó hasta que, lentamente, logró darse cuenta de que 'Dios' y 'alma' son sólo un símbolo, el más bello símbolo.» No una realidad o verdad objetiva, sino subjetiva, de gran valor vital, porque sólo las verdades subjetivas son «verdad de la vida y vida de la verdad». Para no adelantar lo que luego se dirá sobre su concepto de Dios, recuérdese éste del alma: «Y el fin de la vida es hacerse un alma, un alma inmortal. Porque al morir se deja un esqueleto a la tierra; un alma, una obra, a la Historia. Esto cuando se ha vivido, es decir, cuando se ha luchado con la vida que pasa por la vida que se queda.»

(27) *Cancionero. Diario poético*, Canción 1539.

Este *Cancionero*, auténtico «diario poético» escrito a vuela pluma durante los últimos ocho años de la vida de don Miguel, es un emocionante testimonio del lento proceso a lo largo del cual su alma, en «soledad de soledades» oye «el silencio de Dios» (Canción 86, del IV-6-28, día de Viernes Santo). El tema, tema final éste contemplativo de la ardua sinfonía de su vida, se repite constantemente en múltiples variaciones:

*Bajo et azul duerme el aire — silenciosa está la mar;
la rendida tierra verde — sabe a sueño de pasar.
Hundido en la compañía — de la tierna soledad,
oigo el silencio divino — misterio de la verdad.*

(Canción 113.)

Poco a poco aparecen con mayor insistencia sus ansias de

*Dormir, dormir para soñar inconscientemente...
dormir en brazos del Hacedor dormido...*

(Canción 1599.)

y sus lamentos de

*Que no llego a las aguas soterrañas
del surtidor...*

(Canción 1605.)

*Qué de silencios vacíos...
el hombre interior espera, y esperar no de esperanza.*

(Canción 1622.)

Es ya en diciembre de 1936, cuyo último día le vio morir, cuando escribe, con claros presentimientos, esos sus tres sonetos finales de sin par profundidad y melancólica belleza. El primero, como un nuevo Fray Luis,

*Cuán me pesa esta bóveda estrellada
de la noche del mundo, calabozo...*

(Canción 1753.)

y el último, en el que resume uno de sus símbolos preferidos y nos habla de su definitivo estado postagónico, estoico, positivamente escéptico:

*Morir soñando, sí, mas si se sueña
morir, la muerte es sueño: una ventana
hacia el vacío...
escudriñando el implacable ceño
—cielo desierto— del eterno dueño*

(Canción 1755, XII-28-36.)